EL ALUMBRADO ELÉCTRICO EN ESCALONILLA

Alejandro Pinel Alonso

Todo nace, todo pasa, y todo llega al término desconocido de su destino: la onda arrastrándose en el océano, la hoja fugitiva a la merced del viento, la aurora perdiéndose en la noche, y el hombre en la muerte.

Alphonso de Lamartine: 1790 - 1869

¡Luz, más luz¡, invocaba Goethe a finales del siglo XVIII. Un siglo más tarde, al menos desde el punto de vista físico, fue atendido, ya que el encendido de la primera bombilla por Edison, su inventor, se produjo en el último tercio del siglo XIX, concretamente en el año 1879. Al año siguiente se fabricaban cinco mil bombillas por mes; eso ocurría en los Estados Unidos de Norteamérica, pero en Escalonilla nuestros antepasados aún no eran tan afortunados ni tan modernos y tenían que seguir alumbrándose con lámparas de gas, petróleo, aceite y otros mecanismos de menor potencia. Los más viejos del lugar aún recuerdan como en las viviendas se cosían y remendaban todo tipo de prendas de vestir, se cenaba y se hacían otros muchos menesteres bajo la tenue iluminación de candiles, velones de varios brazos, quinqués de carburo, etc., etc.. Por esa época, las calles se encontraban iluminadas con farolas de lámparas de gas, que eran encendidas, cuando anochecía, por los serenos del pueblo y apagadas por las mañanas, cuando despuntaba el alba. Sus rondas aún son recordadas por los cánticos de *"..la hora y sereno.."*, y por las carreras que hacían dar a los escalonilleros que no cumplían con las normas básicas de la buena y correcta convivencia.

En el año que Edison realizó tan extraordinario descubrimiento, en nuestro pueblo existían cuatro serenos que cantaban, de forma matemática, las horas nocturnas y se encargaban de la iluminación de las calles del pueblo, correspondiendo al Ayuntamiento la compra de las cajas de petróleo, las mazas de mecha y los tubos de cristal de las farolas de iluminación, sin plantearse aún la escasa vida que tenían dichas prácticas y quehaceres. El mantenimiento y el buen funcionamiento de las farolas de alumbrado público era un objetivo básico, pues de ello dependía que nuestras calles, aunque con una tenue iluminación nocturna, fueran más transitables y más seguras por las noches, y su vigilancia nocturna por esos legendarios empleados municipales que las rondaban, recorriéndolas metro a metro, milímetro a milímetro, más tranquila y eficaz. Pero todo iba muy deprisa, demasiado deprisa, y el sistema se estaba agotando y llegando a su fin. Perfectamente sería de aplicación para aquella época el decir de Luis de Góngora en sus versos:

Ayer naciste, y morirás mañana;
Para tan pobre ser, ¿quién te dio vida?
¡Para vivir tan poco estás lucida
y para no ser nada estás lozana.

Tendrían que pasar algunos años para que la luz eléctrica llegara a este pueblo como a tantos otros de nuestro país, invadiendo con su resplandor a

calles primero y viviendas después, dejando sin utilidad a las antiguas farolas, que con su languidecer eran las precursoras de la pérdida de funciones de los serenos, a los que, poco a poco, los efectos y consecuencias de la civilización apartaría definitivamente de sus quehaceres, del Ayuntamiento, de nuestras calles y de nuestras vidas. Sus penetrantes y pegadizas cantinelas se fueron apagando hasta acabar desapareciendo, dejándonos únicamente la nostalgia de su recuerdo.

A Escalonilla llegan los avances de la industrialización algo tarde, y habrá que esperar hasta 1927, año en el que se firma uno de los primeros contratos para suministro de energía eléctrica con la Compañía de alumbrado y tracción eléctricas "Electra", domiciliada en Torrijos (Explotación del alumbrado público por medio de electricidad en las calles, plazas, etc., durante un período de cinco años, que empezará a contarse desde el 1º de octubre del año de referencia (1927) hasta igual día y mes del 1932), para conocer algunos detalles de la situación. El tendido eléctrico público y las primeras bombillas, sin duda, son anteriores a esta fecha, probablemente el crepúsculo del siglo XIX y los albores del XX lo incorporarían a los lugares "más nobles" del pueblo, como un anhelado regalo de Reyes.

Sabemos que la iluminación eléctrica, en principio, no llegaba a todas las calles del pueblo y se circunscribía a su zona más céntrica, puesto que existe constancia de algunas protestas de escalonilleros que vivían en lugares periféricos, en el extrarradio. Me refiero, por ejemplo, a la realizada, el 5 de agosto de 1931 por los vecinos del Cerro de la Teja, pidiendo luz eléctrica, posiblemente ya cansados de seguir utilizando los ya trasnochados candiles, para salir de la penumbra y poder verse las caras por las noches con la misma precisión que sus afortunados paisanos del centro. La Comisión de Policía Urbana y Rural, por acuerdo municipal, se encargó de hacer un estudio para que luz eléctrica llegase a ese y a cuantos otros lugares se considerasen necesarios del pueblo. No cabe duda, la iluminación eléctrica para todo el pueblo era un hecho y se convertiría pronto en una realidad.

Pero eran años malos y difíciles y, junto a las protestas y algún que otro incidente, seguro que hubo momentos en los que costaría "Dios y ayuda" pagar la factura de la electricidad consumida a la compañía explotadora; pues, además, no hay que olvidar que desde 1.936 al 39 se desarrolla la guerra civil y, con ella, se producen una gran cantidad de distorsiones y desajustes locales. Es un hecho que Escalonilla se queda de nuevo sin suministro de luz eléctrica, puesto que, finalizada la guerra civil, el 14 de mayo de 1.940, siendo Presidente de la Comisión Gestora del Ayuntamiento, D. Juan Robles, se acordó restablecer el servicio suprimiendo los puntos de luz considerados innecesarios. Aún dentro de las dificultades, Escalonilla quería salir de la oscuridad lo antes posible, y así lo demuestra el acuerdo de nuestros ediles: *"El alumbrado público no existe desde hace bastante tiempo, y como es muy necesario se debe restablecer. Se deben suprimir cuantas lámparas se consideren innecesarias. Una comisión se desplazará a Torrijos para ponerse al habla con la compañía Electra, y que suministre fluido a esta población y fijar las condiciones del contrato."* . El 20 de mayo se da cuenta de las gestiones

para el restablecimiento del alumbrado público y de las facilidades encontradas en la compañía suministradora.

Para los más curiosos se pueden dar algunos datos relativos al alumbrado escalonillero de la época:

- Se fija un precio anual de 2.610 pesetas por las 87 lámparas (puntos de luz) de 10 bujías de filamento de carbón o de 16 bujías de filamento metálico, que estarían en funcionamiento desde el anochecer hasta el amanecer.

- En determinados días festivos locales se reforzaría la iluminación en las plazas Mayor y de la Fuente con diez focos de cuatrocientas bujías. (cuatro días de Carnaval; 21 y 22; 24 y 25 y 30 y 31 de julio, vísperas y fiestas de Santa María Magdalena, Santiago y San Germán; y 13, 14 y 15 de septiembre, festividad del Santo Cristo, suministrándole también tres focos los días del novenario de esta última festividad). Si os fijáis, desde los inicios de la implantación del alumbrado eléctrico se pensaba en una mayor y mejor iluminación durante las fiestas principales, fundamentalmente en la del Santo Cristo, festividad ésta última que ha seguido manteniendo claramente esa tradición a través de la multiplicación de lámparas y potencia de refuerzo instalada.

- Aunque la red de suministro era propiedad de la compañía suministradora, el Ayuntamiento se responsabilizaba de la reposición de las lámparas fundidas.

- Otros pormenores de tipo legal donde la compañía suministradora fijaba sus criterios de explotación.

Pasaba el tiempo imperturbable y la consolidación del alumbrado eléctrico era un hecho incuestionable; yo todavía recuerdo el suministro de electricidad a 125 voltios y como la compañía explotadora, ya mediado el siglo, llevó a cabo el cambio de tensión (220 v.) y el suministro doméstico generalizado de ese tipo de energía, sin indemnización alguna para los usuarios por los más que probables perjuicios ocasionados y con muy pocas reclamaciones por parte de nuestros padres, abuelos, etc., que con santa resignación y paciencia aceptaron de buen grado y “como cosa ordenada” el cambio. También recuerdo aquellos transformadores 220/125 utilizados durante algún tiempo (seguro que todavía guardo alguno), para proteger los pocos electrodomésticos existentes y que no se quemaran, pues estaban preparados para una tensión de 125 voltios y la compañía eléctrica ya la servía a 220. Cuanto murmullo amigable y entrecortado se produjo por la situación de cambio producida; que resultaba inevitable, pero que pudo y debió realizarse de otra forma, con una mayor atención a los consumidores. ¡Que tiempos aquellos no tan lejanos! ¡ Que resignación la de los escalonilleros! ¡ Que lástima que nadie levantase la voz para proteger sus intereses!; pero la vida siguió y hoy ya casi nadie lo recordará. Tal vez fue mejor así, aunque resultase incomprensible y aunque quedase algún pequeño testimonio contrario al cambio que con el tiempo tuvo que adaptarse a la nueva situación. Sólo hace

de eso 30, 40...años y ya parece que han pasado varios siglos. Ojalá algunos hubiesen leído a D. José Mª Pemán y reflexionado sobre algunos de sus versos, en los que escribía:

Soy más amigo del viento,
señora, que de la brisa.....
¡y hay que hacer el bien deprisa,
que el mal no pierde momento!.

Ya con los 220 estabamos a la moda, pero había que tener cuidado al comprar algún electrodoméstico; teníamos que adquirirle para esa tensión, pues caso contrario corría el riesgo de quemarse o que se yo que cosas más. ¡Cosas de la electricidad!, que seguro no dominaría ni el propio Edison.

¡Luz, más luz!; la iluminación pública se fue mejorando, se fueron ampliando los puntos de luz; los iniciales 87 quedaron en el recuerdo; la palabra "bujía" fue sustituida por otra terminología más específica; ahora había que hablar de vatios; 25, 40, 60, 80..... para que nos pudiesen atender en la tienda donde comprábamos las dichosas bombillas. También hoy recuerdo, cuando hace 25, 30 años...., llegaba de vacaciones de Navidad y entraba al pueblo por la calle de José Antonio y casi todo estaba en penumbra o, al menos, así yo lo apreciaba; había muy poca iluminación....., todo se veía difuminado, impreciso, pero eso también se fue cambiando, deprisa, bastante deprisa, y se fueron multiplicando los puntos de luz y la potencia de las lámparas instaladas.

Yo, ya no vengo de Tarragona, ya tengo algunos años más, pero en mi recuerdo quedó marcada aquella primera impresión. Ahora, cuando circulo por la noche y entro por la misma calle, me impacta la claridad y siento como ha desaparecido aquella sensación de tristeza y melancolía; ya hace algún tiempo que se ha superado aquella penuria, ahora nadamos en la abundancia, pues incluso tienen que apagarse, no se a que hora de la noche, la mitad de los puntos de luz del alumbrado público. No importa, todavía queda el pueblo bien iluminado, cada vez son más potentes las bombillas y, por tanto, hacen que en la noche aparezca el día. Los diez focos con que se reforzaba la iluminación para la festividad del Cristo hoy resulta una pequeña propina, una ficción, un recuerdo tenue y difícil de comprender para los más jóvenes, que han encontrado siempre en sus vidas sensaciones, convertidas, algunas veces, en emociones "fuertes": mucha luz, mucha calefacción, mucha refrigeración....., y los padres detrás de ellos siempre apagando las lámparas que se van dejando encendidas. En fin, será que no les comprendemos suficientemente, incluso, me atrevería a decir, que no podemos comprenderlos, tenemos que hacer demasiado esfuerzo para ello y no se si estamos dispuestos a realizar ese sacrificio; pero no pasa nada, la vida sigue y sigue....., como muy bien apuntaba nuestro gran filósofo, Jaime Balmes, cuando decía: *"El mundo marcha; quien se detenga quedará aplastado y el mundo continuará marchando".* Pero....., no todos somos filósofos ni tenemos sus mismas sensaciones..

Las farolas, las mazas de mechas, los tubos de cristal, los serenos, las bombillas ....., me persiguen; todos se amontonan en mi pensamiento y me confunden, me atormentan....., al golpearme con insistencia el cerebro; pero pasará, ya vislumbro a lo lejos la luz, la intensa iluminación, la nueva situación. ¡Qué gran alivio siento!, ¡Qué gran descanso!. ¡Luz, más luz!, ahora comprendo mejor el mensaje de Goethe, que se supone pronunció en su lecho de muerte.